

EL CORONEL

DON JUAN RAMÓN ROJAS

SOLDADO Y POETA

POR

JUAN MARÍA GUTIERREZ

---

BUENOS AIRES

IMPRESA Y LIBRERÍAS DE MAYO, MORENO 337 Y POTOSÍ 189

1877



# EL CORONEL DON JUAN RAMON ROJAS

## SOLDADO Y POETA

. . . No intento con estos ejemplos destruir el interes con que leemos la historia de los tiempos antiguos; tal vez aumenten ese interes por los mismos contrastes que presentan; y estimulen, si de estímulo necesitamos, á buscar entre nosotros las grandes lecciones de patriotismo práctico en las hazañas y sacrificios de que nuestra patria ha sido teatro, en los caracteres de nuestros antepasados. Bien los conocemos, ciudadanos héroes, de alma elevada, natural y sin afectacion. Sabemos cuán dichoso era el hogar que abandonaban por el campo ingrato. Sabemos con qué hábitos tan pacíficos arrostraban los peligros de la batalla. No habia entre ellos misterios, ficcion ni furor disfrazados bajo el nombre de caballería. Todo es firmeza y resistencia varonil, en nombre de la conciencia y la libertad; no solamente contra un poder tiránico, sino contra toda la fuerza de los hábitos inveterados; todo amor innato al orden y á la paz.

EDW. EVERETT (Recuerdos nacionales).

El Coronel don Juan Ramon Rójas, nació en Buenos Aires, á fines del siglo pasado, en el seno de una familia fecunda en servidores á la Patria. Don Manuel, hermano de don Ramon, militó á su lado en las

campañas del Alto Perú: el doctor don Miguel Rojas, también su hermano, practicó la medicina durante una larga y honradísima existencia, y fué el escogido por su colegas, para recordar ante los restos mortales de su maestro Argerich, los relevantes méritos y virtudes del fundador de nuestros estudios médicos. <sup>1</sup>

Don Juan Ramon, de quien vamos á ocuparnos, hizo sus estudios en el Colegio de San Carlos, y tuvo por director en humanidades al acreditado latinista don Pedro Fernandez. Su maestro de filosofía, fuélo el doctor don Valentin Gomez, siendo sus condiscípulos, entre mas de treinta que asistian á las aulas, los Señores don Matías Patron, don Tomas Anchorena, don Manuel José Garcia, don Bernardino Rivadavia, y don Vicente Lopez, con quien mantuvo Rojas hasta la muerte la mas íntima amistad. Don Juan Ramon prosiguió los estudios que se daban en aquel Colegio, y asistió al curso de teología del año 1804.

Cediendo á la voluntad de sus padres ó á una tentacion juvenil, disponíase, talvez, á seguir la carrera de la Iglesia en época en que esta era la de los honores y provechos. Pero, los sucesos inesperados de 1806, echaron su espíritu en otra direccion, y el sentimiento del amor á la pátria púsole un sable al cinto y le hizo aspirar el olor embriagante de la pólvora.

El viejo antagonismo entre la Inglaterra y la

1. En 1823. Quien desee tener algunas noticias sobre los DD. Argerich y Rojas puede consultar la obra: «Noticias históricas sobre la enseñanza pública superior de Buenos Aires»—pág. 741-747

**España se resolvió definitivamente en Trafalgar. Pero mas arriba del triunfo de la fuerza, otro moral y mas positivo obtuvo la Inglaterra sobre su rival en los mares, triunfo debido á sus generosas instituciones políticas. El pueblo británico llevó por todas partes su protesta contra la intolerancia y el exclusivismo de la política española, sublevando contra ella el espíritu de los colonos que soportaban el yugo del monopolio y de la tiranía impuesta por la corte madrileña.**

El resultado de las invasiones inglesas al Rio de la Plata, es una prueba de esa superioridad moral que obra sobre la vida de los pueblos, como el aire puro sobre la economía humana: escollaron esas invasiones en el denuedo de una poblacion pundonorosa; pero dejaron al retirarse vencidas, el jérmen de una noble venganza consumada mas tarde contra su secular enemigo.

Esas invasiones aceleraron la emancipacion de la colonia argentina por medios indirectos, pero poderosos é innegables: robustecieron con ejemplos prácticos el convencimiento de la necesidad de franquicias al comercio de que estaban poseidos nuestros pensadores y economistas, y pusieron en manos de los patricios las armas que habian de servir al triunfo de la independencia.

El ambiente colonial era tan deletereo que descomponía hasta los elementos que constituyen el progreso. Los estudios públicos creados por el americano Vertiz, en razon de su limitada esfera

habrían dado con el tiempo los resultados funestos que don H. Vieytes señalaba con tanta perspicacia en las páginas de su «Semanario.» Eran esos estudios el semillero de una clase social estéril, únicamente capaz de aspirar á los empleos sedentarios ó á la carrera del sacerdocio. Las escuelas de Derecho estaban en Charcas y pocos eran los porteños que lograban el título de abogados para ejercer este oficio independiente ante la Audiencia de Buenos Aires.

Cuando menos se esperaba, una nueva y noble carrera se abrió para los discípulos de San Carlos. Las naves inglesas aparecieron en los puertos del Rio de la Plata. La juventud abandonó las aulas, corrió á armarse, trayendo al servicio militar las ventajas de un espíritu cultivado, y las filas de los «patricios» se engrosaron con antiguos y recientes discípulos del ilustrado porteño Chorroarin, incansable promovedor de la cultura intelectual de sus compatriotas. Al frente de vecinos armados, aprendieron á conducir soldados al combate muchos de nuestros héroes de la revolución, y entre ellos, el valiente y noble don JUAN RAMON ROJAS, sobre cuya vida meritoria vamos á dar algunas noticias.

Rojas tiene en su carrera y en sus méritos muchos puntos de contacto con don Esteban [Luca: ambos tuvieron por cuna á Buenos Aires y por sepulcro el estuario del Plata: ambos ciñeron la espada y pulsaron la lira en honra de la revolución. Rojas y Luca concurren con sus talentos al progreso intelectual del

pais, como miembros activos de las asociaciones literarias de Buenos Aires; uno y otro legaron á la posteridad un nombre simpático y sin mancha.

La «defensa» de Buenos Aires, conmovió fuertemente á Rojas y encendió en él la primera chispa del fuego patriótico y de la inspiracion poética. Las escenas militares, el ruido de las armas, los ejercicios militares, los simulacros estratégicos de los cuerpos que se preparaban á rechazar una próxima invasion, impresionaron vivamente á su alma. Hasta ahora,—decia por aquellos dias en una epístola en verso á un amigo y condiscipulo ausente,—solo he cantado amores y amarguras del corazon. Hoy me he transformado y estoy lleno de alegria y entusiasmo.

Oh qué diverso estado  
Qué época tan distante y diferente  
De aquella en que apenado,  
Mis tristes ansias, mi dolor ferviente  
Lloraba, herencia del vivaz Cupido;  
Cuando mi lira ardiente  
Reflejaba de mi alma la tristeza,  
Y solo modulaba  
La inaudita crudeza  
De mi dueño querido  
Y mi pasion y mi penar pintaba.....<sup>1</sup>

Escribía Rojas estos versos para pintar á su amigo, con el colorido de una imaginacion juvenil y exaltada, una solemne funcion en que acababa de tomar

1. Epístola inédita dirigida á don Bernardo Velez en Chile, conservada en copia entre los papeles del señor don Pedro J. Agrelo.

parte. Los cuerpos de voluntarios, patricios y europeos de toda arma, reunidos en el Retiro, se dirigieron á la Catedral con el objeto de bendecir sus banderas. Este acto que no ha sido descripto por ninguno de nuestros cronistas de los sucesos del año 1806, está minuciosamente relatado en esta epístola de Rojas, con vivas aunque inexpertas pinceladas.

Nuestras filas compuestas y arregladas  
En grupos diferentes,  
Con arrebatadoras melodías  
De música marcial todas marcharon,  
Y la órquesta divina presidía  
Nuestras marchas pausadas,  
Convocando las gentes  
Para tal espectáculo apiñadas.

Desde el largo Retiro do empezaron  
Hasta la Catedral donde llegaron,  
Se alfombraban las calles con mil flores,  
Y al compas de cromáticos sonoros  
Y á par de las esencias, los olores,  
La atmósfera de vivas se poblaba. . . .  
Y el alma dentro el pecho vuelcos daba.

Las rosas y claveles que caían  
De techos y balcones,  
Una lluvia odorífera fingían,  
Sobre nuestros gallardos batallones. . . . .

Fuimos á par de un pueblo numeroso  
Hasta aquel lugar santo  
Do Dios en magestad grande preside  
Llenando el alma de pavor y encanto. . .



Allí la opaca nube  
Formada del incienso,  
Hasta los cielos sube,  
Y cubre el trono augusto  
De la alta magestad.....

Nuestras banderas, tres, luego salieron  
Y por nuestro prelado 'benedicidas  
A la plaza salieron,  
Y nosotros juramos dar las vidas  
Por conservar depósito tan rico.....

A estos versos puramente descriptivos, pero que dejan traslucir el entusiasmo de que estaba poseído el autor, siguen otros en que crece la exaltación del patriota, augurando para Buenos Aires, triunfos, victorias inmediatas. Déjame, dice á su amigo, que me abandone todo entero al entusiasmo que me inspira una idea tan lisonjera.

Buenos Aires famosa.  
Tus hazañas heroicas son el pasmo  
Del orbe que te admira.  
Vive de hoy fortunada  
Muy mas allá del tiempo y reverente  
Te doble la rodilla  
La Gran Bretaña osada,  
Y vaya, y corra ya de gente en gente  
La gloria de la América y Castilla.  
Sube, felice Patria, y rauda vuela  
En alas de la Fama,  
Y el muy noble argentino  
Que tus timbres anhela,

Llegue ferviente al inmortal destino  
Del terso honor que ama. . . . .

En vista de estos testimonios no puede ponerse en duda que Rojas asistió á la defensa de Buenos Aires formando en alguno de los tres batallones de patricios, y probablemente en clase mas elevada que la de simple soldado.

Rojas mantuvo desde las aulas una estrecha amistad con el doctor don Vicente Lopez, capitán bizarro en aquellas campañas, y cuando este publicó su poema del «Triunfo Argentino», encontró un admirador inteligente en su compañero de armas y de estudios. Entre los papeles del doctor Lopez hemos tenido la fortuna de encontrar una composicion de Rojas cuyo título es «canto herico dirigido por J. R. Rojas á su amigo y condiscipulo don Vicente Lopez, autor del Triunfo Argentino: año 1808,» canto en el cual el entusiasmo de la amistad no es menor que el del amor á la patria y á la gloria.

En esta composicion, inédita tambien, abusa Rojas del empleo de las alusiones mitológicas, defecto propio de un recién salido de la escuela de humanidades de aquellos tiempos, y que para nosotros son una prueba de que las lecturas favoritas del jóven autor, eran la de los Fastos y Heroidas del poeta latino. De esta propension que hoy consideramos como un defecto, se corrigió enteramente Rojas, así que los acontecimientos de la revolucion fueron el tema de sus odas guerreras. Pero no en todo su canto son lunares los dioses y las diosas: la esposa de Neptuno, por ejemplo, le su-

jiére un cuadro gracioso, que se desprende como un medallon de relieve, entre los muchos episodios de gusto antiguo que se suceden unos á otros en esta composicion.

Neptuno su tridente sacudiendo,  
La onda cerulea frena qué festiva,  
En acordado borboton, la senda  
A él, á Anfitrite, y Palemon abria.  
Los Nereidas plácientes, circundando  
A la dea su esposa, desceñidas,  
De camalote se ornan, y el cabello  
La flota verde tras la espalda altiva.  
Desnudos amorcillos la acompañan  
Y el céfiro la ronda y acaricia,  
Y emboscado en su seno se embalsama  
En mil esencias, y ósculos la liba.....

La inmortalidad, en forma de :Diosa olímpica, descende de lo alto á coronar al poeta loado, y al tocar el suelo argentino, esclama:

Salve emporeo felice  
Centro del heroismo, exelsa silla  
De la Victoria augusta, de la Fama .  
Templo, del Anglo funeraria pira.  
Yo te saludo, á tí, que conseguiste  
Domeñar del Breton la frente erguida.  
Pero mil veces mas te felicito  
Por el vate á quien Delo dió la lira.  
Soy la inmortalidad. Yo vengo solo  
Hoy á ceñirle esta verdosa iñsignia  
De eternidad emblema, y numerarlo

Entre los héroes que mi templo pisan.  
La Pátria, su alma sien ha coronado  
De la preciosa inmarcesible oliva,  
Febo otra de laurel que le tejieron  
Allá en el Pindo las canoras ninfas;  
Mas yo misma, yo quiero esta tercera  
Ponerle con mi mano, por ser mia.....

De esta manera se avezaban los hijos de Buenos Aires á manejar el verso que en dias no muy distantes habian de emplear en asuntos mas dignos. Semejantes á aquel leon del «Paraiso perdido», que sacude impaciente la melena por desprenderse de la materia inerte que aun le aprisiona la mitad de su cuerpo, Rojas y sus inmortales compañeros bregan entre los lazos de la colonia y de las estrecheces de su escuela, por lanzarse libres á la vida con la plenitud de sus fuerzas.

Ese dia llegó para Rojas, y tuvo la fortuna de ser el primero que bajo la forma métrica vaticinó los destinos futuros del pueblo de Mayo. Un año contaba la revolucion, cuando de una manera ingeniosa, siguiendo los pasos del cantor de la Eneida, puso en boca de Júpiter la revelacion de los arcanos del Destino, trazando con índice seguro los senderos por donde habia de encaminarse el pueblo argentino para llegar á la libertad y á la independendencia.

« Los pueblos del suelo americano, hasta hoy desconocidos, dijo Jove, serán mas poderosos que el romano. En vano la codicia y el cuchillo esterminador de los españoles derramará sangre inocente á

las orillas del Paraná. Otro ambicioso encadenará á sus reyes, y los hijos del pueblo sábio, predilecto mio, á quien los hombres llamarán Buenos Aires, se alzarán con el poder del mando y le depositarán en manos de varones fieles y patriotas. Ellos levantarán el edificio augusto de la libertad que yo preparo para la América entera. Antes que Febo haya dado un giro completo en su carrera, yá los ejércitos valientes de mi pueblo predilecto se mostrarán sobre los Andes y en los campos feraces de la Banda Oriental, para redimir invencibles á sus hermanos. Los lauros de Marte ceñirán sus sienes y llegarán á rivalizar con los Atenienses y Romanos, en poder, en ciencia y en grandeza. Los nombres de sus héroes, serán admirados en la posteridad mas remota, y la historia y la poesía, los mármoles y el bronce custodiarán su memoria. Ese pueblo, ayudado por semejantes varones sabrá elegir gobiernos sábios y justos, enemigos de toda tiranía. No habrá allí, como en el viejo mundo, déspotas que atropellen los sagrados derechos del hombre. El orbe entero les aplaudirá, y las artes y las ciencias desertando el continente antiguo harán asiento entre aquellos dichosos ciudadanos. Entonces el comercio será activo, sus bahías y puertos frecuentados; y con los frutos de su agricultura harán que de él dependan hasta los reinos mas lejanos, y los hijos de América se multiplicarán sin número ricos y felices.....»

La oda que extractamos, extensa, y escrita en endecasílabos asonantados, ha sido considerada como

de autor desconocido, tanto al reproducirse en la «Lira argentina» del año 1824, como en la colección posterior titulada «Poesías patrióticas.» Nosotros tenemos motivos sobrados para atribuirle al Señor Rojas, reparando así, (después de muchos años) las consecuencias de la demasiada modestia y desprendimiento de quien nunca la reclamó como suya. Esta composición es una joya que brilla en 1811 sobre la corona de la musa pátria.

Don J. R. Rojas que en clase de subteniente militaba en la Banda Oriental desde el año 1808 en el regimiento de Murguiondo, cuyos oficiales eran en su mayor parte del cuerpo de Patricios de Buenos Aires, pertenecía en 1811 á las fuerzas mandadas por Rondeau delante de la plaza de Montevideo. En aquel campamento escribió en Julio del mismo año once su «cancion heroica al sitio de Montevideo por las fuerzas de Buenos Aires,» inserta en la Gaceta de 1° de Agosto, bajo la firma de «un soldado del sitio.» <sup>1</sup>

Esta oda es la espresion de los enérgicos conceptos del jefe sitiador en sus proclamas; un reto al «despota» que tiembla dentro de las murallas en presencia de los que han exedido la fortaleza de las legiones griegas.

Los campos del Oriente dominados  
Del tirano opresor, el monumento  
Serán de la constancia, del arrojo

1. Reproducida en el «Grito del Sud», periódico redactado por el Doctor Monteagudo, T. 1°, número 3, pág. 21; en la «Lira Argentina» pág. 54 y en la 53 de la «Colección de poesías patrióticas.»

Del argentino heróico y de su fuego:  
Ellos derramarán por todas partes  
La abundancia y la vida. . . .

De la lectura atenta de esta oda se infiere la situación moral de sitiadores y sitiados; el recelo medroso, las intrigas del primero; el denuedo, la confianza en sí mismos, los grandes propósitos de los esfuerzos de los segundos. Esta oda palpita de actualidad, y laten sus versos como las arterias jenerosas del jóven poeta y soldado á la vez. La versificación asonantada corre fácil é impetuosa, desnuda de aquel séquito de deidades antiguas que poblaban la imaginación del autor en sus primeros ensayos. «La Pátria es una nueva musa,» decia F. Cayetano Rodriguez, y esta era la única divinidad que quedaba en pié y contaba con adoradores despues de Mayo.

## II

Rojas fué de los mas fervorosos patriotas desde los primeros dias de la Revolucion: consagró su persona y su talento al triunfo de una causa cuyos altos fines comprendía, y aceptó de todo corazon las doctrinas defendidas por el ilustre fundador de nuestra Gaceta. Así fué que cuando el doctor Monteagudo evocó con su ardorosa pluma la memoria de don Mariano Moreno, respondió Rojas inmediatamente á este movimiento de justicia, descargándose por su parte del cargo de ingratitud que sin escepcion arrojaba Monteagudo sobre todos sus contemporáneos.

« La horrenda nota de ingratos, replicóle Rojas, conque V. parece sobrecargar, sin escepcion alguna á los americanos todos, acerca del malogrado Moreno, mortifica bastante mi amor pródigo y el de los hombres libres en cuyos corazones está grabada profundamente su respetable memoria. El mérito de este jóven inmortal, sus virtudes públicas y privadas y la constitucion particular del carácter que desplegó á nuestra vista, no pueden estar en problema, sino entre los malvados que proscriben la energía porque conocen sus efectos. Los amigos de la Pátria, los predicadores de la Union, los incorruptos defensores del orden, le han levantado ya un altar en sus sencillos pechos, cuyo monumento sagrado, ni el tiempo ni la distancia, ni la muerte conseguirán echar por tierra jamás.»

Pintándose en este escrito, Rojas, retrata la fisonomía moral del secretario de la primera Junta, y levanta á la altura que merecen los dogmas eternos proclamados por el gran pensador á quien equipara, entre los antiguos con Marcelo, entre los modernos con Condorcet.

Este escrito de Rojas, que se registra en la Gaceta de Buenos Aires de 14 de Febrero de 1812, puede considerarse como una oda en prosa en la que predominan el entusiasmo y la imaginacion. Dando vuelo á esta, mira yá el autor levantarse la estatua del gran tribuno y marchar los «postumos» hácia su pedestal, respetuosos y en silencio, á derramar «flores y lágrimas.»



### III

El teatro en que vamos á ver colocado como notable actor á este generoso patriota, nos obliga á echar una ojeada sobre su carrera pública y militar, reuniendo los pocos antecedentes que tenemos á este respecto.

Don Juan Ramon Rojas, en febrero de 1810, era teniente de infantería de las fuerzas porteñas situadas en la Banda Oriental, sirviendo en el regimiento del «Rio de la Plata».

Cuando llegó á Montevideo la noticia de los sucesos de Mayo de aquel año y de la creacion de la Junta de Buenos Aires, algunos patriotas de aquella plaza (usando de las palabras de uno de ellos) trataron de uniformar la opinion del pueblo á la de la capital, apoyándose en los regimientos de voluntarios del Rio de la Plata. Este proyecto abortó el 12 de Julio, por haber sido sus autores vencidos en detall por el cuerpo de Marina y las milicias provinciales; de cuyas resultas fueron perseguidos y condenados á muerte varios patriotas y entre ellos don Juan R. Rojas. Los perseguidos burlaron con su actividad á sus perseguidores y se asilaron en Buenos Aires. A fines de ese mismo año, y cuando la desgraciada jornada del 12 de Julio hacia necesario el empleo de las armas para salvar á la Banda Oriental de la influencia española,

Rojas entró con mayor brio en la carrera militar y solicitó servicio en la arma de artillería.

El «patricio» entusiasta de la defensa, mostró esa vez el temple de su amor á la patria y de su ardiente decision por la causa de la revolucion; pues no es poco arrojo sublevarse contra la guarnicion aguer-rida de una plaza amurallada, defendida á mas por los cañones de poderosas naves, nunca mas fieles que entonces al sistema recién derrocado por el pueblo insurgente de Buenos Aires.

Cuando en 16 de noviembre de 1811, creó el go-bierno de Buenos Aires el Estado mayor militar, nom-bró por jefe de él al coronel don Francisco Javier de Viana, y para ayudantes secretarios del cuerpo de ar-tillería á don Angel Monasterio, en primer lugar, y en segundo á don Juan Ramon Rojas. Este nombra-miento, colocándole casi á par de un hombre tan dis-tinguido y especial en su ramo como Monasterio, dice mucho á favor de los talentos, y del buen concepto de que gozaba el novel artillero. Este se habia hecho notar delante de las murallas de Montevideo contra las cuales dirijia con acierto los cañones y los obuses recién construidos en Buenos Aires. Allí tambien debió grangearse la estimacion del general Rondeau, quien como gefe del ejército auxiliar del Perú, en sus-titucion del general San Martin, despues de la toma de Montevideo confió á Rojas el mando de los grana-deros á caballo, cuerpo predilecto en los ejércitos por su valor y disciplina, y de cuyo tercer escuadron era comandante desde fines de 1813 el mismo Rojas.

En clase de comandante de ese regimiento creado por San Martín, asistió Rojas en 28 de noviembre de 1815, al desastre de las armas patriotas en las asperezas de Sipe-sipe; conflicto en el cual mostróse tan valiente como pundonoroso, minorando con su conducta las consecuencias morales del triunfo inesperado de Pezuela. Efectivamente, cuando por causas que aun son dudosas en la historia, la mayor parte de nuestras fuerzas dieron la espalda al enemigo, el coronel don Juan R. Rojas al frente de sus intrépidos ginetes cargó varias veces estrellándose sobre las bayonetas contrarias, haciendo heroicos esfuerzos por contener la dispersion de sus compañeros de armas.

El general desairado quiso descargarse de la responsabilidad de la derrota, y dirigió á sus gefes un interrogatorio sobre las causas del desastre que fué tan fatal para la causa de la revolucion. La contestacion del comandante de granaderos á caballo es franca y veraz y por ella se vé la parte que le cupo en Sipe sipe, que es el lado por donde en este escrito puede interesar el relato de ese acontecimiento de mortificante recuerdo.

«Señor general en Gefe, le dice Rojas á Rondeau, ordenarme V. E. señale á mi entender la causa de la dispersion del ejército nuestro en el ominoso 29 que ha traído tantas ventajas al enemigo de la patria, es abrir de nuevo unas heridas que penetraron aquel día mi alma sensible y no se cerrarán jamás; es obligarme á borrar cuanto escribo con abundante pero in-

fructuoso llanto; es exitarme á que emprenda yo mismo en la acusacion de algunos cuerpos del ejército el panegírico del mio; es, en una palabra querer que salgan mis sentimientos de lo hondo de mi pecho y se trasmitan al mundo.... Pero V. E. lo manda; un inferior no tiene sino que obedecer.

«Amaneció el 29 infausto, y la aurora mostró con su luz el entusiasmo de todas las tropas y la gloria de mis granaderos, quitando al enemigo porcion de sus cabalgaduras, y anunciando mi descubierta á V. E. que aquellos se movian sobre nosotros. El edecan de V. E. don Manuel Escalada me avisó de su orden suprema que enviase cincuenta hombres al mando de un Capitan á proteger las guerrillas, á las inmediatas órdenes del Coronel don Cornelio Zelaya, y al instante marchó don Luis Pereyra con ellos. El mismo ayudante me trajo otra, de ocupar la derecha de la línea, dejando espacio para la infantería del número 1 y 9, lo que ejecuté en el momento. A la media hora, empezando yá á dispersarse en tiradores los enemigos, se me comunicó por igual conducto que amagase por el flanco izquierdo del enemigo y ejecutase mis manobras, á pesar de sufrir un fuego horrible de la mosquetería y artillería contrarias. Como viese yo que dejándonos en su flanco dirijian toda su atencion al frente y que intentaban interponerse entre nosotros y el terreno detallado para la línea, desbaratándose esta sin saber porqué, contramarché á ponérmeles al frente y dar una ó dos cargas para contenerlos, si cooperaban algunos infantes. En este momento yo

vi su horrenda dispersion, y obedeciendo á V. E. en persona que me mandó cargar, lo ejecutaron con tal denuedo y bizarría mis soldados, que hicimos retroceder parte de las hileras de infantería, envolvimos otras, y huyó desmontándose, su cobarde caballería. Rehecho despues de la carga que hizo infinitos estragos y en que tuve heridos siete oficiales, un contuso y un muerto de estos, y mas de cincuenta desde sargentos á soldados, pronto á dar una segunda aunque sin un infante ya formado, recibí de V. E. en persona la órden de ocupar los altos de Amiraya, sosteniendo la retirada en cuanto pudiese. Los gané en efecto destacando tres guerrillas que contuviesen al enemigo, aunque con alguna pérdida de mi parte, hasta no quedar en el campo un solo soldado nuestro.

«Contrayéndome á la causa de la disolucion del ejército, creo ha sido un terror infundado y la desconfianza que abrigaron algunos oficiales y tropa al mandarles una media vuelta á la derecha, segun se asegura unánimemente, pero no puedo fijarme en si es en este ó aquel regimiento donde empezó el desórden, en virtud que cuando salí á flanquear la izquierda del enemigo, no ví formada la línea de mi costado, sin duda por estar parapetado el 1º, y á mi regreso, carga y retirada, ya estaba hecha la dispersion. Creo sí de positivo que los oficiales han tenido mucha parte, y es voz comun que el primer regimiento abrió la puerta al escándalo de esta escena terrible.» Hasta aquí el informe del Comandante Rojas.

Don Mariano Necochea estaba á las órdenes de

este en aquella desventurada batalla. Cuál no sería de impetuosa la carga de los granaderos á caballo dirigidos por semejante jefe y por semejante subalterno! Los granaderos no fueron derrotados en Sipe-Sipe. «Luego que se rehicieron de su tremenda embestida, volvieron sus escuadrones donde yo estaba en estrecha formacion (dice el general en gefe en su parte oficial al Director provisorio del Estado) sin dejar en el campo mas hombres que los que perdieron en el choque.»<sup>1</sup>

Terminada por un desastre la porfiada campaña del Alto Perú, y ordenada la traslacion del ejército auxiliar á la ciudad de Tucuman; separado de su mando el general Rondeau, amigo y favorecedor de Rojas, debió este regresar á la Capital nativa descontento por la inaccion á que quedaban reducidos los soldados de nuestro ejército.

El hecho es que en 1817, hallamos á nuestro Comandante de granaderos á caballo, empeñado en tareas literarias, y consolándose del desastre de Sipe-Sipe, cantando la «heróica victoria de los Andes en la cuesta de Chacabuco:»

¿Será que al fin no asomará la mano

Que enjague, Pátria mia,

• Ese llorar que te brotó del dia

Que en Rancagua halló tumba el Araucano?

No habrá Chile consuelo?

O al Sud sin culpa ha de aherrojar el cielo?

1. Gaceta extraordinaria de Buenos Aires del miércoles 24 de de Enero de 1816.

La América verá de San Felipe  
Otra série de males?  
O el Perú malhadado á sus umbrales  
El azar aun tendrá de Sipe-Sipe?  
El anárquico bando  
Del pueblo irá la magestad minando?  
.....

En tres años de horrores  
Que inundan nuestro suelo,  
El héroe San Martín fija su anhelo  
En educar soldados aguerridos.  
.....

Sonó la hora... el general se mueve  
Que la alma patria guía:  
Ya se avista la inmensa serranía,  
Ya el pié deshace la escarchada nieve:  
Los Andes que divisa  
Ya los domina, y en su falda pisa.....  
.....

Hélas que al paso las columnas fuertes  
Te buscan del Ibero:  
Las miras, las provocas, y tu acero  
Cayó sobre ellas cual el rayo.—Inertes,  
Sin plan, de terror llenas,  
La fuga emprenden que las salva apenas.

Mas Chacabuco al frente... y de su cuesta  
El opresor te incita,  
¡Qué el contraste olvidó! Suenan la grito;  
Y en las maniobras que al subir apresta  
En su tropa y terreno  
Triunfos se ofrece de ventajas lleno.

Cada palmo, no obstante, nuestra gente  
Gana y de sangre riega:

Ya se enciende la bárbara refriega,  
Ya el clamor retumbó del combatiente,  
Y se confunden luego  
El relincho, el clarín, la voz, el fuego.

Entrambos trozos en distintos puntos  
Que eran uno dijeras;  
Ora dóblase el fondo; las hileras  
Ora deshechas son; bátense juntos,  
Y en la tendida sierra  
Caen unos y otros que su seno entierra....

.....

Héroes de Chacabuco, nombre eterno.  
A la ínclita bravura  
De esfuerzos tan gigantes: ya asegura  
Chile su libertad, y en gozo tierno  
Por sus brazos os canta:  
Vivid, vivid, autores de obra tanta! <sup>1</sup>

Luca, Rodríguez y Rojas cantaron el triunfo de Chacabuco, en tono diverso; pero con igual entusiasmo. El sacerdote alza un himno, y apartando la vista de la sangre, pasa ante sus ojos la batalla como una visión incruenta en la cual la impavidez y el valor frío de los patriotas es bastante para alcanzar la victoria:

Ellos le vieron; Vista pavorosa!  
Con valor frío, con sereno aliento,  
Con marcha magestuosa,

1. Colección de poesías patrias, pág. 58.



Sin trepidar un punto ni un momento  
Dirijirse á sus filas: sí, lo vieron,  
Vieron que no temia y le temieron. <sup>1</sup>

Los otros dos cantores, hombres de espada, imaginan y pintan los lances del encuentro, la porfia de la lucha, el bullicio de la pelea. Esta estrofa es de Luca:

Frente á sus escuadrones  
San Martin ya decide la victoria,  
Clama, atropella, rinde las legiones;  
Cubierto va de gloria,  
Cual otro Aquiles fuerte, invulnerable,  
A las troyanas gentes espantable. <sup>2</sup>

Rojas con la pluma en la mano, parece que aun maneja el sable y que está realmente en el teatro que trae á la imaginacion. Oye sonar los clarines, relinchar los caballos, estallar la artillería, y entra en la refriega dejándose llevar por su fantasía exaltada á los nombres de patria y libertad. El soldado y el poeta se muestran formando una sola pieza, una misma entidad.

Estos dos poetas argentinos, Luca y Rojas, que como el épico castellano «ora toman la pluma ora la espada,» son dos verdaderos gemelos intelectuales, dos hermanos en la gloria y el verso, que vivirán jun-

1. «La municipalidad de Buenos Aires al general don José de San Martin», cancion encomiástica por F. Cayetano José Rodriguez.

2. A la victoria de Chacabuco por las armas de las Provincias Unidas, al mando del Exmo. señor Brigadier general don José de San Martin. Colec. de poesías patrióticas, pág. 75.

tos en la historia de nuestras letras y de nuestras guerras heróicas. Se educan juntos, militan á un mismo tiempo, y perecen prematuramente devorados por las olas del rio patrio. En su misma carrera literaria tienen afinidad en gustos y en ideas: ambos, aficionados al teatro, estaban persuadidos de que los espectáculos dramáticos son una escuela en que puede educarse el pueblo y una palanca para mover el espíritu público en la direccion señalada por la revolucion. Don Esteban Luca fué censor oficial de nuestro teatro, y dió ejemplo de cómo por medio de él se infunde ódio al despotismo y se ridiculizan los extravíos á que la misma libertad predispone.

Rojas hizo mas: púsose al frente de una reforma formal en el arte dramático entre nosotros, en aquel mismo año 1817, y fué el alma de la «Sociedad del buen gusto,» cuyo reglamento redactó, poniendo á su frente una «introduccion» que es á la vez el programa de la sociedad y el desarrollo de su doctrina estética sobre el arte dramático.

El teatro entonces dependia de la policia, cuyo Intendente era árbitro no solo en cuanto al órden y gobierno de la casa de comedias, sino con respecto á la moralidad y mérito literario de las piezas que se representaban. «La sociedad del buen gusto» se propuso proteger y mejorar el teatro, sacándole de la tutela de la Policia y poniéndole bajo la direccion de personas entendidas, de conocido celo por la causa de la civilizacion y de la libertad. Lamentábase la «Sociedad,» por la boca de Rojas, que «la corte de las Provincias

Unidas de Sud-América, la hermosa ciudad del Argentino, en los actos mas solemnes y espresivos de su civismo heroico, se resintiese aun del gusto corrompido del siglo diesisiete.» Este estado de cosas no podía continuar: «habia pasado ya el mas duro de los periodos históricos de la revolucion, aquel en que «el primer objeto de sus ilustres hijos era afianzar el sistema que debia hacer ó su prosperidad ó su ignominia, en que el empeño de realizarlo excitaba á veces inquietudes, sobresaltos y riesgos; en que los ciudadanos de ilustracion, ó meditaban la gran obra de constituir el Estado ó trataban de imprimir á su máquina el movimiento concéntrico que conservase su esplendor politico; en que nuestros pocos actores, animados talvez del mejor celo, no podian corresponder por falta de emulacion y recompensa á la magestad y decoro del Pueblo que debia ser su juez y su discípulo.

«Entonces no era de estrañar que cediendo al impulso de una rutina miserable, no llevasen nuestros espectáculos el sobrescrito de la perfeccion de que son susceptibles. . . . Los apasionados á las bellas letras; los genios pensadores que tenemos; los que habian observado con atencion las representaciones de diferentes pueblos civilizados; los extranjeros eruditos y liberales, devorados del mas ardiente deseo de reformar la escuela práctica de moral, suspiraban por el momento feliz que fijase nuestra irresolucion y que á la sombra de una autoridad que arrastrase el sufragio de todos, se viesen progresar los sábios y hallasen una

acogida generosa las musas y las letras, cuyo período es por lo general el de la protección y el sosiego», . . . .

El plantel de las buenas costumbres, el foco de los conocimientos domésticos, la punta recta de la sociedad (continuaba el autor de la introducción al reglamento) debía estar en armonía con los demás progresos traídos entre nosotros por la revolución feliz de los espíritus. Era ridículo, según él, que estando en manos de todos las obras de «Racine, Voltaire, de Corneille, de Moliere, de Shakespeare, Maffei y Moratin,» no se recojieron los frutos «por seguir los absurdos góticos de los Calderones, Montalvanos, y de Lopez de Vega». Debemos imitar á la parte culta de la Europa (agregaba Rojas) en donde «la festiva Talia, se presenta cubierta con el cándido ropaje del pudor que antes ostentaba con continente lascivo».

Se infiere de estos trozos transcritos de la introducción al reglamento de la Sociedad del buen gusto del teatro, que su objeto era más vasto y de mayor alcance que lo que su título indicaba, y que sería de su resorte promover el adelanto de todos los ramos de la literatura con el auxilio de los pensadores, de los hombres instruidos y aun de los extranjeros ilustrados existentes en aquel momento en Buenos Aires. Sobre esta «piedra angular,» se proponía el entusiasta coronel Rojas, levantar el edificio magestuoso de la «ilustración, esta inseparable compañera de la moralidad, del estudio y de los progresos del genio.» <sup>1</sup>

1. Véase, «introducción al reglamento provisorio de la sociedad del buen gusto del teatro», publicado en el *Censor* núm. 103, del jueves 4 de Setiembre de 1817. La introducción tiene la fecha del 11 de Agosto.

La reforma social por medio del teatro puede parecernos hoy una idea trivial, hoy que estamos convencidos de que la escena no es mas que el reflejo y el producto de la sociedad misma, y que poco influye en la morigeracion de las costumbres públicas. El autor dramático amolda su concepcion al paladar de los espectadores, y les «hablará en necio» si este es el lenguaje que complace al vulgo, segun la franca y conocida declaracion de Lope de Vega.

Pero, trasladémosnos al año en que volvió Rojas á Buenos Aires á continuar con la pluma la obra á que tan lucidamente sirvió con la espada. La lucha era de emancipacion política y social, y uno de sus fines era apartarnos de las rudezas rancias de las costumbres heredadas. La idea entonces cambia de aspecto y de importancia: trátase de sustituir al comedion de «capa y espada,» espectáculos dramáticos en que la razon y el buen gusto dominasen, cambiar la vulgar «tonadilla» por la ópera italiana; el fandango chabacano y las boleras sensuales, por la danza espiritual, honesta, artística de los países cultos. La idea de Rojas mirada desde este punto de vista y reducida á estos propósitos, contribuía, sin duda, á dar un paso de gigante en el refinamiento de los gustos de un pueblo que comenzaba á representar un papel importante entre los del nuevo mundo que aspiraban á ser libres y cultos.

Estas intenciones reformadoras alegaban á su favor una tradicion respetable que no echaban en olvido los hombres de 1817. El doctor don Bernardo

Monteagudo habia dado á luz en 1814, una tragedia traducida del verso portugues á prosa española, acompañándola con un notable prólogo en que hace resaltar el fin moral de la obra, tendente á alejar á la juventud de ambos sexos de la manía de encerrarse en los claustros antes que la razon y la esperiencia de la vida les guie en la eleccion de un estado. «Con esta idea, dice el doctor Monteagudo, ofrezco al pueblo de Buenos Aires la traduccion de esta tragedia, que los entretenga é illustre en su teatro y sustituya con las demas piezas modernas que se van acopiando las *indecentes representaciones* con que se ha profanado hasta nuestra feliz época, *esta primera escuela de costumbres* de un pueblo civilizado,»<sup>1</sup> Rojas, pues, fué hasta cierto punto el continuador de las intenciones de Monteagudo, y ambos abrigaban las mismas nobilísimas ilusiones.

La sociedad del buen gusto del Teatro, llegó á instalarse solemnemente, y se celebró la apertura con una gran funcion teatral que sublevó en su contra el espíritu añejo y colonial. Esta sociedad dió algunos resultados benéficos, y contribuyó á que uno que otro hombre de talento se consagrasen á producir para el teatro de acuerdo con las ideas modernas. Sin embargo, la sociedad del Buen gusto se desbandó pronto

1. El triunfo de la Naturaleza, tragedia de 5 actos, originalmente escrita en verso portugués por el doctor Vicente Pedro Nolasco de Acuña. Vestida en forma Castellana para el teatro de Buenos Aires. Buenos Aires imp. de Niños Expósitos, año 1814, 72 pág. in 4º menor. *Representada por primera vez el 25 de Mayo de 1815.*

como todas las de su clase en Buenos Aires, instaladas al calor de un entusiasmo que muy pronto descende bajo cero dejando paralizados á sus miembros.

#### IV

No nos es posible seguir los pasos de Rojas durante su residencia en Buenos Aires. Los datos biográficos nos faltan completamente, y esta carencia de noticias individuales, á penas nos permite inferir cuál seria su género de vida una vez que colgó para siempre su espada y arreos de granadero montado. Todos sus condiscípulos de San Carlos vivían en aquella época, y mantenía con ellos una estrecha y cordial amistad. Sin embargo, don Manuel J. Garcia y don Vicente Lopez eran sus predilectos y á quienes visitaba diariamente. Jovial, ameno en el trato, era el bien venido en casa de sus amigos, á quienes entretenía con reminiscencias de sus estudios clásicos, con la relacion de sus campañas, y consideraciones sobre las vicisitudes de la revolucion en que tan gran parte habían tomado todos ellos.

En este dulce regazo de la amistad descansaba Rojas de diez años seguidos de rudos trabajos militares, comenzados en las calles de Buenos Aires y terminados en las asperezas del Alto Perú. Pero su círculo social no estaba reducido á estas únicas relaciones. Otras mas halagüenas para su imaginacion y amor própio, proporcionábale su hermandad en gustos con los poetas militantes de la época, con Luca,

con Varela, con Hidalgo, los cuales se reunían con frecuencia al rededor de una muger notable cuya existencia es completamente desconocida á la mayor parte de los lectores de las presentes líneas.

Era esa muger, entonces, una flor en toda su frescura, cuyo espíritu selecto se habia abierto al ambiente de la revolucion, y amaba las glorias de la patria con toda la virginidad de su favorecida juventud y en la esfera propia de su sexo y de su delicadeza. Llamábase doña Joaquina Izquierdo. Dotada de talento dramático y de una voz seductora, recitaba admirablemente los versos, en especial aquellos que celebraban los triunfos de nuestras armas. La sala de su casa paterna era naturalmente concurrida por los autores de esos mismos versos, cuyo amor propio se gozaba en oír repetir por aquellos lábios jóvenes y graciosos las odas y los cantos que, en la víspera talvez, habiales inspirado el patriotismo y la victoria. Los versos declamados por la señorita Izquierdo, segun el testimonio de los mismos interesados, se transformaban, sonaban con mayor energía, al pasar por los lábios de aquella criatura inspirada. Aquellos hombres selectos escuchaban extasiados, y la echaban agradecidos á sus pies mil flores poéticas, algunas de las cuales nos ha cabido la fortuna de recoger, y aprovechamos esta oportunidad para salvarlas del olvido.

Esta «corona poética» de la inspirada y desconocida porteña, se halla completamente inedita; pero no por eso marchita del todo; está compuesta de siem-



previvas porque son inmortales los nombres de quienes la tejieron. El deseo de revivir la memoria de una muger que nos honra, nos lleva á consignar aquí como un episodio, talvez disculpable, unos pocos fragmentos de los elogios métricos á que se hizo acreedora en sus dias juveniles.

Oigamos primero á don Juan Cruz Varela:

Con qué esa boca orijen  
De tanta honesta llama,  
Boca que no derrama  
Mas que dulzor y miel,

Ha recitado versos  
Que en baldon al tirano  
Cantó el Americano  
Tan bravo como fiel?

Ni el temor de la guerra;  
Ni el ardor de venganza,  
Ni el horror y matanzu,  
Tu dulce lábio heló?

.....  
Sella el virjinió lábio  
Que el contento me mata;  
Sella que me arrebatá  
Fuera de mí el placer.

Jamás; jamás mi musa  
Mereció, niña, tanto,  
Ni juzgue por mi canto  
Prémio tal obtener.

Como el clavel ufano,  
Si una beldad, lo arranca,

Y entre la nieve blanca  
De su pecho se vé,  
Así á mi musa humilde  
En soberbia tornaste,  
Desde que recitaste  
Los versos que canté.

.....

Luca en el tono de Teócrito rejuvenecido por Villegas, le regaló á la jóven la siguiente joya burlada en nácar por la mano de Cellini:

Qué acentos dulces oigo  
Tan llenos de armonía?  
Quién así los pronuncia  
Que las almas ajita?  
Quién la ha enseñado acorde  
A guardar la medida  
De versos que la gloria  
De la América pintan?  
No es Erato amorosa,  
Ni cómica Talía,  
Porque horros de Marte  
Solo el metro respira.  
Quien será, pues, decidme  
Del Río sacras Ninfas?  
Asi el Dios en los brazos  
Amoroso os reciba.  
O, acaso, sois vosotras  
Que en la fertil orilla  
Cantais de Mayo el triunfo  
Alternando festivas?

No, me responden ellas .  
Con cierto aire de envidia,  
Es una nueva musa,  
Es Caliope si cantos  
De la guerra recita:  
Al oír su voz dejamos  
La mansión cristalina;  
Un fuego más sublime  
Su honesto pecho anima  
Que á Safo cuando á Venus  
Sus himnos repetía . . . . .  
Tú dos veces tuviste  
La inestimable dicha,  
De que tus versos ella  
Declamase expresiva .  
Mas sonoro, mas dulce  
Tu cantar parecía  
Al sonar pronunciado  
Por su boca melíflua.  
Las Musas en la cuna  
La arrullaron propicias,  
Y sus amables dones  
Apolo hoy la prodiga;  
Placeres inocentes  
En su pecho se anidan;  
Sembrar sabe de flores  
La senda de la vida;  
De flores, sí; y cual rosa  
Que á los ojos cautiva,  
Para el incauto envuelve  
Punzadoras espinas . . . . .

Habiendo recitado la Señorita Izquierdo, unas odas á la Victoria de Maipú, el señor Rojas la dirigió al dia siguiente, una improvisacion de aquellás que se escriben sin contar con la censura pública. La improvisacion es un rasgo ligero y sin limá; pero siendo tan corto el número de composiciones que se conocen de su autor y la única de caracter íntimo que halla llegado á nuestro conocimiento, la reproducimos tal cual salió de sus manos y la hallamos copiada de puño y letra del señor don Vicente Lopez.

Dime, te lo suplico  
Graciosa Joaquinita,  
Los versos que ayer tarde,  
Sublime actriz, decias,  
Eran juguetes dulces?  
Daban algunos dias?  
O recitaba la oda:  
«Era que Jove habia»?<sup>1</sup>  
Vaya que lo adivino,  
Que la fama publica  
Que la oda del gobierno  
Tu ardiente pecho exita.  
Cuál la ilusion me arrastra!  
Cuán acorde, cuán viva;  
Tu espresion, tu donaire  
Al himno ensalzaría!  
Cuál sonora el aplauso

1. Primer verso de la oda de don J. C. Varela, publicada á nombre de su secretaria de Estado en el Departamento de la guerra. Sin duda por este carácter oficial la llama Rojas «oda del gobierno.

Cuando el heroismo pintas  
De los bravos campeones  
Que al sud inmortalizan!

Cesa, por Dios, te ruego  
Que me lleno de envidia  
Y quiero hacer pedazos  
Las cuerdas de mi lira.

Mi oda siguió el impulso  
De la carrera mía:

Canta el soldado guerras,  
Canta el paisano dichas;  
Pero el bélico grito,  
Las muertes, las heridas,  
Arredraron el pecho  
De una dama argentina.  
Dime, para saberlo,  
Es qué te asustas, niña?  
Mira que el torvo Marte  
Cautivó á Venus misma,  
Puso á sus pies las armas,  
El ceño trocó en risas.

El jugueton Cupido  
Que á la beldad esquíva,  
Vaga de pecho en pecho,  
Tras las lides se fija.  
Si merece en el polvo  
Verse envuelta mi rima,  
Al salir de tu boca  
Vá á tener nueva vida;  
Y al pintar el combate

El trueno y la rompida  
Del alazan fogoso,  
Cual Palás brillarias.

Así Jove benigno  
Te dé cuanto le pidas;  
Así nos traiga triunfos  
A que tú los repitas;  
Y con musa obsequiosa,  
Mas dulce, mas festiva,  
Cantará tu despejo,  
Dirá que eres Talía  
Que mas nos arrebatas  
Que Trinidad ó Rita <sup>1</sup>

El fluido eléctrico de la revolución conmovía las fibras delicadas del corazón de esta joven, intérprete inspirada del pensamiento de los poetas patrios. Rodeábanla estos, admirados y agradecidos, y deponían á sus piés, bajo formas sencillas y familiares el tributo de estos nobles sentimientos. La señorita Izquierdo, es una prueba del influjo que bajo diferentes formas ejerció la revolución en el desarrollo de las facultades de la muger argentina: esta cooperó desde entonces al movimiento civilizador de la sociedad emancipada.

De la composición que acabamos de copiar, se infiere que Rojas contribuyó con sus amigos á celebrar el triunfo de Maipo. Efectivamente en la página 180 de la «Lira Argentina,» se encuentra una oda cuyo encabezamiento dice así: «El Estado mayor general de los

1. La Rita Luna, célebre actriz española en los Cañes del Peral y Corral del Príncipe. (N. del A.)

ejércitos de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, al triunfo de las armas americanas en las llanuras de Mayo, el 5 de Abril de 1818. Esta composicion anónima que pertenece sin duda á Rojas, ha sido escluida de la «coleccion de poesías patrióticas,» por la crítica severa que guiaba á los que la formaron. Esta exclusion es hasta cierto punto merecida, en razon de los muchos defectos que debilitan el brio general de la composicion.

Rojas, como se nota á primera vista, leía poco los poetas españoles, y si tenía el oido educado para gozar del metro latino, no era hábil en el arte de ajustar severamente las palabras á las condiciones del verso de nuestro idioma. Carecia por lo comun de la entonacion y del número que Luça, Lopez y Varela sabían dar al endecasílabo, y cuidábase poquísimo de que la voz empleada por él fuese noble, con tal que fuese expresiva y diese eficacia al concepto. Es el menos retórico de sus compañeros; pero tambien es el que ha sabido dar á los cuadros guerreros mayor naturalidad y vida. El lo ha dicho: «mis odas siguen el impulso de mi carrera; soy soldado».

Oigamos como describe el encuentro de los ginetes que pugnan en Maipo:

Ya se oye la señal, y las legiones  
Cual el aire oprimido  
Que rompe suelto su alaterio, <sup>1</sup> han ido  
Unos tras otras cual feroces leones:

1. Con esta palabra ha querido espresar el poeta unas de las propiedades del aire,—la elasticidad.

Ya el bronce disparando  
Retiembla y manda el proyectil matando.

---

Ya el granadero, como audaz ginete  
Con la espada tendida,  
Al pōtro lleva que cedió á la brida,  
Y *sabléa* y rompe y repasó y remete,  
Ya en *guardia* está y cercado,  
Se rehace, carga, y escapó cargado.

---

Yá entre la selva que la pica esçuda,  
Cerca el cañon tronante,  
*Fusil al brazo* se lanzó el infante,  
Y el plomo cruza, y las hileras muda;  
Guia la bayoneta  
La *calacuerda* y la marcial trompeta.

---

La grita, aquí, y el alarido triste,  
Aquí el feroz avance,  
Mas acá caé cuanto se vé al alcance,  
Allí *otro solo* despechado embiste;  
Aquel en la matanza  
Vence, y le roba su laurel la lanza.

---

Dia de execracion! El campo entero  
Que la sangre enrojece,  
Ni mas que troncos sin aliento ofrece,



Ni mas que miembros que trozó el acero,  
Ni mas que confundidos .  
Los muertos, los contusos, los heridos,

Estas estrofas revelan el oficio del autor: están escritas por un soldado, actor mil veces en los lances de guerra, que acometió personalmente en ellos, contuvo la impaciencia de su caballo al eco de los clarines, y vió huir al enemigo y caer los desgraciados á quienes abandonó la fortuna en medio del heroismo. Rojas procede en sus cuadros de batallas como los grandes pintores de este género, llamando la atención del espectador sobre un episodio, sobre un hecho aislado, sobre el estallido de una bomba que pone á prueba la serenidad de un héroe; sobre el rapto audaz de una bandera ó de un cañon mortífero del enemigo; sobre un valiente que sucumbe de una lanzada por la espalda cuando nadie se atreve á acometerle frente á frente. El soldado que se salva cargando despechado; aquél otro que sucumbe al cantar el triunfo, son detalles animados y vivos que solo pueden ocurrir á la mente de quien los ha presenciado con sus propios ojos y le han quedado grabados en el recuerdo.

El gallardo granadero de Sipe-Sipe se retrata en la segunda de las estrofas que quedan copiadas: ginete audaz que abandona la brida á la fogosidad del caballo, *sablea*, rodeándole los contrarios y halla la salvacion en el coraje de la impetuosa arremetida.

#### IV

Cuando la «reforma militar» recompensó á los guerreros de la independencia, participó Rojas de los beneficios de esta sábia medida de la administracion Rodriguez, y se dedicó á los negocios. Como el de un simple comerciante hallamos consignado su nombre en la larga lista de pasajeros que se embarcan con direccion á Montevideo á bordo del paquete «Mosca». Este buqué naufragó en el banco «Ortiz» del Rio de la Plata en los últimos dias del mes de Setiembre de 1824, y en aquel naufragio pereció don Juan Ramon Rojas.

El «Argos de Buenos Aires», confirmó esta sensible noticia, y las palabras de su redactor son las únicas que encontramos en la prensa de aquellos dias sobre la pérdida de un hombre tan notable. Las palabras del «Argos» son estas: «La Gaceta mercantil del dia de ayer, publicando la noticia dada por el capitan del paquete «Pepa» pone fuera de toda duda el naufragio de la «Mosca» en el banco Ortiz y la pérdida de la numerosa tripulacion que conducia á Montevideo. Acompañamos en el sentimiento á todas las personas comprendidas en esta desgracia; *pero la amistad nos obliga á singularizarnos, lamentando muy particularmente la pérdida de uno de nuestros mas distinguidos compatriotas, el coronel reformado don Juan Ramon Rojas.* <sup>1</sup>

1. «Argos de Buenos Aires y Avisador Universal» número 77, sábado 25 de Setiembre de 1824.

Las aguas del Pláta fueron como un sudario de olvido y silencio para la vida laboriosa de un hombre, que, como dejamos dicho, asistió con su brazo y sus talentos á las primeras luchas de la independencia, —contando entre ellas la defensa de Buenos Aires,— que fué precursora del alzamiento heroico de los patrios del año 10. Rojas se halló en ese mismo año comprometido en la tentativa de sublevación contra las autoridades coloniales de Montevideo á favor de la Junta revolucionaria de Buenos Aires; asistió al sitio puesto á esa placa por las armas independientes; presenció la victoria del Cerrito; y rendidas las murallas de Montevideo contra las cuales habia aceestado certero la artillería de su mando, hizo la ruda campaña del Perú hasta el contraste de Sipe-sipe.

Desde entonces hasta su muerte cooperó en cuanto pudo al lustre de su patria, cantando los triunfos vengadores y activando las reformas sociales en su ciudad natal en el sentido de la civilización. La posteridad agradecida debe respetar su memoria. Justificar este respeto es el fin que nos hemos propuesto en la presente resurrección de sus méritos y servicios.

J. M. G. .



